

*Para curar el cáncer
no sirven las libélulas.
Para curar la muerte
no sirve el cementerio.
Nacer tampoco sirve
para curar la vida.*



Retrato de Manuel Pacheco en el libro *Diario de Laurentino Agapito Agaputa*. BEX 2528.

Quizá no le curó la vida a Manuel Pacheco haber nacido en Olivenza el 19 de diciembre de 1920, pero fue la suya una vida ciertamente intensa. Como cuenta él mismo: “A los siete años perdí a mi padre. Traslado a Badajoz con dos hermanas. Ingreso en un Hospicio donde permanecí más de diez años. A los 18 recién cumplidos soy llamado a filas en la guerra civil de España. Fui monaguillo, cantador de tangos, fotógrafo, ebanista, cargador de muelle en la estación de ferrocarril de Badajoz, albañil, marmolista, repartidor de hojas de empadronamiento, comparsa de teatro y, en el Año del Hambre, cansado de comer yerba, me fui a Portugal trayendo comida y pan blanco para mí y los míos. No tengo ninguna clase de estudios, fui muy poco a la escuela, comencé a trabajar desde muy niño. Leo desde los 8 años todo lo que cae en mis manos. Quimifico, asimilo, capto esencias y devuelvo al mundo mis monedas de luna y vitriolo. Me siento vivir hasta las mismas raíces de mi ser. Soy esencialmente poeta; nací con el signo del infierno y paraíso que es en el mundo actual **SER POETA.**”

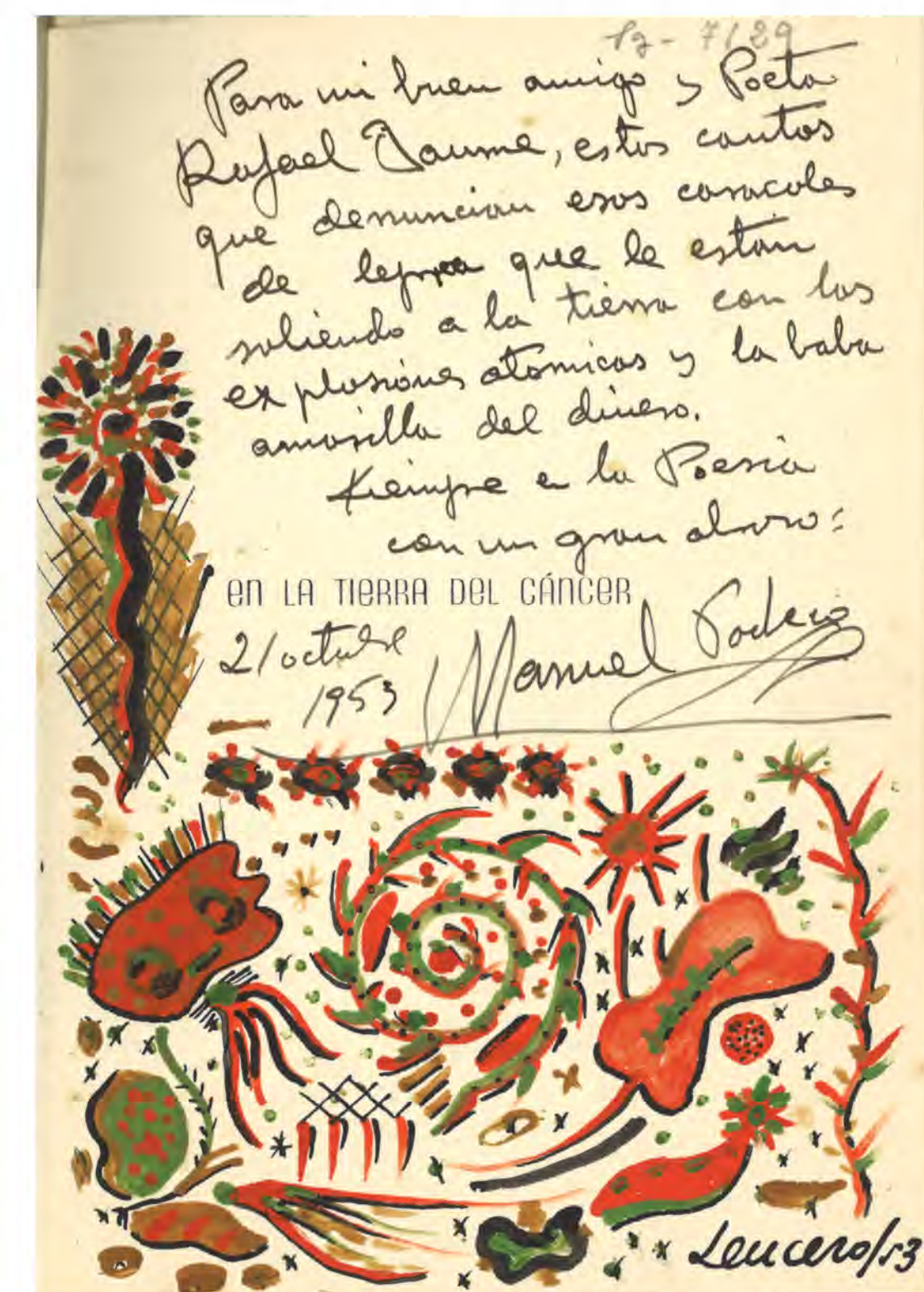
Un día, cuando tenía siete años, iba con su padre por el campo; Manuel le pidió que le cogiera unas almendras y el padre subió a cogerlas, pero al bajar se resbaló y se rompió un tobillo. Lo llevaron al hospital para operarlo, pero la dosis de cloroformo para dormirlo fue excesiva y murió. La muerte de su padre no solo le produjo un inmenso sentimiento de culpa (quiso tirarse a un pozo), sino que también obligó a que fuera internado en un hospicio hasta los 18 años. El *Poema para romper los sueños*, del libro *Horizontes azules*, recoge el día negro del suceso, que tantas veces volvería a su memoria, si es que alguna vez se fue:

*De alguna nube del color del aire
he venido al desierto de la tierra.
De las manos humildes de mi padre,
poeta del camino, zapatero,
hombre que me miraba
como si mi tristeza fuera un rayo de sol,
hombre que presentía mi otro mundo
y acariciaba el aire de mi negra melena,
hombre que me dejó la soledad
y que maté con mi palabra:
-¡Padre, cógeme almendras de ese árbol!*

*La muerte lo esperaba,
al bajarse del árbol se mató.*



Ilustración de Manuel Terrón para el libro *Ausencia de mis manos* (1949). BEX 333.



Dedicatoria manuscrita de Pacheco a Rafael Jaume, con ilustración original de Lencero en un ejemplar de *En la tierra del cáncer* (1953) BEX 7129.

*Lo mataron queriéndolo dormir
para operar la herida de su pierna.*

...

*Se han roto los sueños.
Detrás de los cristales
flota la rama oscura
del árbol de mi infancia
y mi patria es un vaso
donde el agua no calma
la sed de los delirios.*

Sonaban los altavoces del teatro López de Ayala y él escuchaba desde su habitación del hospicio los tangos cantados por Carlos Gardel; los aprendía de memoria. Más tarde, en el verano de 1936, oiría otras cosas menos gratas: los disparos de los que defendían la ciudad contra los de aquellos que la sitiaron, las bombas que caían -alguna bastante cerca de donde él estaba-, los paseos y luego los fusilamientos en la plaza de toros...

*Pasaban fusilados.
Pasaban fusilados.
Pasaban fusilados por detrás de las tapias.*

Terminada la guerra, trabaja donde puede. No tiene buena salud: por una úlcera de estómago debe ser ingresado en el Hospital Provincial de Badajoz. Cuenta entonces 22 años. Las enfermeras del hospital eran monjas; una de ellas, joven, suponemos que de bello rostro y de dulce trato, lo cuida. Alguna vez ella miró con ternura a aquel joven enfermo, alguna vez, sin querer, se rozaron sus manos... ¿sin querer? Manuel se enamoró de ella. Le escribió poemas de amor. Quizá la superiora supo de esos devaneos, porque la monja desapareció para siempre de su vida: fue enviada a cuidar enfermos a un lugar remoto.

*Tu voz que era tan pálida de recitar plegarias
tembló en los blancos fríos nostálgicos de rojos
y tu mano al rozar mi ardiente mano
besó como jazmín que se deshoja.*

Tuvo otros amores que tampoco cuajaron, hasta que conoció a Manuela Cañón:

*Estoy solitario sin tener tu mirada,
todos tienen el cáliz de una mano querida.
El jardín tiene frío porque estás alejada,
la luz de la tarde me parece una herida.*

Después del noviazgo de rigor, se casó con ella en 1955. Naturalmente, hasta el fin de sus días.